

LAMARAMAR

L.AURA

Dedicado a nuestra gran Madre.

<https://librolibrelibra.es>

[Instagram: @librolibrelibra laura](#)

Libro Libre Libra
la novela viviente



© Todos los derechos reservados a

LibroLibreLibra – la Novela Viviente

1-

Una vez tuve otra vida, algo así como una subhistoria dentro de esta. Un fractal de un caleidoscopio que se desprende del núcleo, y regresa. El anillo del árbol que algún día fue corteza. La oruga en la oscuridad de la crisálida. Un atardecer... Aunque, pensándolo bien, llamarla vida sea un poco pretencioso, un eufemismo generoso, una forma disimulada por aparentar que aquí no ha pasado nada, pero no es así. ¡Las cosas que tienen que suceder para que un milagro termine siendo una verdadera miseria! Existencia... sí. O supervivencia. Así viví. O desviví.

Para entonces creía que la General Paz y Rivadavia eran las fronteras del mundo; que el obelisco era

un invento argentino, que el que no lloraba no mamaba y el que no afanaba* era un gil. Eso creía yo, como muchos.

Me había obsesionado con una astronómica carrera. Todo hacia adelante, siguiendo los pasos ya establecidos, sin darme la oportunidad de perderme. Sin atender las sagradas desviaciones.

Yo estaba recubierta por un bicho muy peculiar, aunque común: *el pensamiento único*. Ese híbrido que nos atraviesa, toma de nuestro cuerpo, se impregna como una sucia capa y nos va enredando y estrangulando sin siquiera percibirlo. Con la cabeza del sacrificio, la de la elegancia, la solemnidad, la de ser correcta, la propietaria... entre todas ellas, me apretaban, me levantaban del suelo y me arrojaban por los aires, haciendo trompos, hasta caer como Ícaro

a los subsuelos más profundos. Tal vez me tendría que haber quedado ahí. Venimos contando hasta el momento cinco cabezas. Creo que ya era bastante. Pero vinieron nuevas y más. Se reproducían con mayor intensidad con el pasar de los años; como la bola de nieve *in crescendo*, cayendo de lo más alto de la montaña. Así es la inercia del tiempo, y así se reproducían las cabezas de mi Hidra y, curiosamente, por esa misma razón, había dejado de contarlas, y así me olvidé de que existía.

Cumplía el abecé de la moda, y así me tapaba. Me comunicaba con eufemismos y sinónimos, hablando de los mismos referentes y de las mismas desgracias de las que todos siempre hablaban. No tenía amigos, lo mío eran contactos; y coleccionaba normas, pero no convicciones. Había desarrollado una

curiosa parábola en mis labios para indicar satisfacción, el fruncido de mi entrecejo para marcar lo socialmente incorrecto y a poner los ojos como el dos de oros cada vez que alguien se rebelaba. Procuraba que todo sucediera en mi vida de una vez por todas. Miraba hacia afuera, a través de la ventana, como un centinela, esperando que alguien me rescatara de esa soledad tan abrumadora. ¿Y yo? ¿Dónde estaba yo? ¿Quién sino podría rescatarme?

2-

Siempre digo que conocí a Mar gracias a la magia. Entonces no sabía que aquel ritual que comenzaba a experimentar, se convertiría en el trampolín que me llevaría hacia donde estoy ahora. Llegué a ella a través de una suerte de canalizaciones. De repente, y sin causa aparente, ni bien llegaba del trabajo, me sacaba los zapatos, me calentaba agua para el mate y, así, comencé a enfrentarme cada día a la computadora. En un principio fue para navegar por internet y ya después comencé a abrir el Word, y así apareció.

Mis manos descendían al teclado como hacen los caranchos, cazando ideas que, si no las hubiese rescatado a tiempo

del olvido, podrían haber muerto por malformación. Mis dedos se movían a velocidades infinitas, sin control. No pensaba, solo sucedió. Y así se dio. Lo cierto es que Mar rompió todos mis esquemas. Aquella educación de formar fila y tomar distancia se alzó en un vuelo que me llevó a lo más alto del cielo, y escalando alturas surreales se me hizo oración. La fui alimentando con nuevas comas y puntos, mayúsculas y minúsculas, adverbios, sufijos y prefijos; y cuando quise darme cuenta, la pantalla, en forma de espejo, me transmitía mi vida. La real. Tan nítida y de colores. Tan llena de aire fresco. Sin limitaciones. Grande. Muy grande. Infinita.

Aumentó de peso, tripliqué las dosis; y ya cada día, a la salida del trabajo, corría a su encuentro porque sabía que me esperaba una cita ansiada con mi

intimidad que le daba a lo nuestro (lo del teclado y yo) un carácter prohibido de lo más magnético. Fue todo tan espontáneo. Nacido de la necesidad, de lo más inmediato. Y así inventé a mi amada Galatea: mi indómita Mar, nacida de un cuento fantástico, parida del seno de una deriva.

Al principio fue un simple embrión. Aquella tarde estaba predestinada a ser tapada por los mismos programas de siempre, aquellos que hacen que ya veamos en esa tarde las siguientes. Tardes que se suceden en horas, en días, en semanas, y así caen del calendario hacia el abismal secreto de los días. Sin embargo, aquel episodio atravesaba mi rutina rehaciendo un ayer que convive con hoy y, curiosamente, se acomoda por debajo y por encima de lo que hago, lo que no hago, y de lo que soy.

Nuestra cita era cuando terminaba las obligaciones del día, sin embargo, un viernes me atrapó. Con el lenguaje metafísico tan propio de ella, me hizo un guiño mientras corría al trabajo. Llegaba tarde. Vi que la computadora había quedado encendida, la quise apagar y ahí me quedé. A su manera, me tomó del brazo y me llevó al otro lado. Aún era consciente de la hora, recuerdo que miré el reloj. Una mezcla entre miedo y excitación me hacía seguirla con la misma delicadeza que se baja a un sótano abandonado en medio de una noche de tormentas eléctricas. La vi clara, como nunca. Recién aquella mañana descubría su belleza. Su trigüño brillaba como el cobre bajo un sol que hacía brillar todo

su cuerpo. Era una perfecta mezcla entre niña y ángel, con facciones tiernas y redondeadas, de sonrisa fácil y mirada tímida y escurridiza; y su pelo, enmarañado, oscurecía al castaño y se hacía remolino con el galopar del cielo que aquella mañana me convencía de que siguiera su paso.

Entré a la pantalla. Me metí entre los archivos, de cabeza me tiré al documento y así llegué a un nuevo capítulo. Su silueta, como siempre, caminaba pausada naciendo del suelo. Daba un paso, luego un salto; andaba zigzagueante, nada en ella era uniforme. Patas chuecas, mirando hacia quién sabe qué; solía escaparse de esta frivolidad que nos gobierna. Recuerdo sus ojos, perdidos. Dibujaban mundos nuevos prófugos de los mapas.

Me miró unos largos segundos. Sus enormes ojos miel hacían de perfecto enclave; el verde se camuflaba en el marrón y nunca bajaban la guardia. Y ese fortín se plantaba entre sus pupilas y yo, haciéndonos inaccesibles para el planeta. Seguras durante un segundo que se disparaba hacia la eternidad de nosotras.

Nuestros pies se deshicieron en la arena. Recuerdo que llegamos al mar. Nos sentamos en la orilla y nos inclinamos hacia atrás. El cielo nos hacía de espejo, no había nubes. Se sentó junto a mí, frente a un horizonte que hacía de represa para contenerlo todo.

—Me voy, Soledad. Sé que volveré, aunque no sé cuándo. Un largo viaje me espera. Tampoco sé adónde. Estoy agotada de tratar de encontrarle un

sentido a este gran sin-sentido. Duermo sin soñar. No me ocupo, me preocupo. Ignoro lo que quiero y aún no sé lo que ignoro.

—Pero ¿qué dices? No te puedes ir, ¡si te estoy inventando!

—Te debo mi vida, Soledad. De no ser por tu compañía hoy no estaría aquí. Voy a aprovechar esta oportunidad que el tiempo me ha dado. Antes de quedarme temiendo en la orilla, me adentraré en el mundo, sobre la barca de nuestra existencia perdida; para navegar. ¡Vámonos! —Y en el silencio me esperó apenas unos segundos.

De repente entendí que había cobrado vida propia. Todo eso que ella me dijo no estaba en el guion. Lo que hizo, tampoco.

Con su infancia en una bolsa se fue costeando la mar. Atiné a sujetar su brazo; me miró, y le supliqué que aprendiera a escribir y que nunca me abandonara. Aunque fuera a partir de emails, quería saber dónde estaba. Y, sobre todo, cómo. Su figura, ya traslúcida, se confundió con la bruma y así de sencillo, se fue.

El camino de regreso no fue igual que el de ida. Mientras que bajar a la mar fue tirarnos en tobogán a lo desconocido, subir las calles otra vez, y sola, me resonó como ese *tic tac* que nos lleva a la rutina. Cuando llegué al umbral entre la realidad y la verdad, vi la pantalla desde el lado interno de la computadora. Recuerdo que tuve miedo, desde allí veía mi casa y así comprendí que el techo, ¡qué paradójal, nunca me había protegido de mis tormentas. Dudé si saltar, sabía que si

corría posiblemente alcanzaría a Mar. Todavía no había empezado a reescribirse, ¡aún era mía!

En ese mismo instante, pude haber dado la vuelta, bajar a la mar, sentarme en la orilla, buscarla en el horizonte, adentrarme con mi barca como si fuera una pirata en busca del tesoro de la libertad; pude haber hecho eso y más. Pude haber transformado ese momento en un fulminante pasado y haberme responsabilizado de ubicar cada tiempo en su lugar. Si no hay pasado, no hay futuros posibles. Pero salté. Atravesé el umbral. Apagué la computadora. ¡El trabajo! —y miré el reloj—. Llegaba tarde.



¡El primer email de Mar! Cuando en la bandeja de entrada leí su nombre no podía creerlo. Me escribía desde una escuelita del norte salteño, en Chicoana. Me preparé un café, no quise leerla así como así; le puse una de azúcar, lo revolví, y así me zambullí en el remolino que me inmiscuía en las huellas de ella.

Con un mínimo de abrigo y estirando la mano en forma de súplica para comer y andar, Mar había podido sobrevivir aquellos meses. Había aprendido la tarea más difícil: la supervivencia. Sorteaba una lucha instintiva a favor de su existencia donde era su propia vida la que todos los días se ponía en juego para seguir viviendo. Como si la condición del peligro no

existiera. Y no por no conocerlo, sino, más bien, porque la muerte había sido la partera de lo que entonces era, de lo que es. Ella mejor que nadie sabía que la tumba y la cuna son compañeras.

Sin duda su impulsividad la llevó a grandes errores que se hubiese podido evitar. Aunque también a grandes vivencias. Mar se movía por olfato y razonaba con intuiciones. Su inteligencia respondía con alarmas y escalaba mareas.

Siempre me fascinó su facilidad para romper las cosas. Se le iba todo de las manos. Su destreza para llegar al suelo y elegir, entre los añicos, sus preciadas *piezas únicas*, era lo que me estremecía y enamoraba de ella. La conozco tan bien. Estuve presente cuando cada gesto se convertía en costumbre. Sé exactamente dónde nacen sus lágrimas y cuándo se mezclan con su desembocadura.

Acompañé las corrientes de los ríos que la desahogaron al mar. Conozco cada herida, cada bajada y subida de su vida. Viajé por los valles, por sus cimas, por sus quebradas y volcanes, por sus opuestos polos. Por su mar. Expedicionaria fiel, perseguía su mapa por debajo de mi piel.

La ruta colorada de los valles Calchaquies bautizaba su destierro. Molinos, la laguna de Brealitos, la quebrada de Escoipe, el valle de Lerma. Acuyico en mano y a andar. En su carta se leía la urgencia con que vivía cada día. Siempre con esas salidas tan contagiosas de esa forma sin formalidades, de esa apolíticamente correcta personalidad suya; así ella fue dibujando aquella desprolija anatomía que tenían sus pasos.

La Argentina hizo lo imposible para retenerla con la inmensidad de la belleza andina y sobre todo por la

escuelita en Chicoana. Siempre fue consciente de la importancia de nuestra comunicación y aprendió a escribir, como le había casi suplicado. Con faltas de ortografía me abría su corazón, y entre oración y oración fue creciendo.

Siguiendo la quebrada de Humahuaca pisaba el camino del Inca. Fue carnavalesando a lo largo del río Grande hasta llegar a la multicolor Purmamarca, y tras ella, Tilcara, Maimará y Tres Cruces.

Se notará, supongo, que mis palabras salen del corazón, que tal vez no pueda valorarla con la objetividad que deberíamos tener nosotros, los abogados. No se hace querer, es cierto. Su ajenidad, su ser tan solitario, su impulsividad la hacen tan intolerable. Lo suyo no es agradar. Vive tan atrincherada en su

ombliigo; y es tan vulnerable. Hay tanta fragilidad debajo de su égida. Será esa, no lo sé, la razón por la cual mi dictamen se detiene ante ella, y la indulta.

Leí su carta y simplemente quedé estupefacta. Debo admitir que en mis adentros me pregunté: «si la hubiese seguido, ¿qué sería hoy de mi vida? ¿Dónde estaría? ¿Qué desconocidos serían familia?» Esto fue lo primero que se me ocurrió. Las ideas se hilvanaban con sutiles hebras que se hacían estrambóticos pensamientos. En aquel entramado tejía calles, intersecciones, semáforos en verde, atajos, salidas. Decenas de buses, con cientos de destinos, me hacían un guiño; por no hablar de las combinaciones. La ruta 9, en el mismo Gran Buenos Aires, podría llevarme a Santa Fe, Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, y finalmente Salta,

al lado de ella. No estaba tan lejos después de todo, pensé. Pero, como siempre, me resigné. Recuerdo que sentí que se me escapaba entre los dedos, como el agua, como es ella, como el mar.

Y otra vez se fue, y me fui. Apagué la computadora, de un golpe cerré la puerta y me adentré en la siempre salvaje Capital Federal, que nos traga y nos vomita. Recuerdo que caía en esto mientras los vecinos devoraban el asfalto con sus pies yendo a contrarreloj a la cita de siempre.



[Seguir leyendo](#)